

## LAS REINAS DEL SADO

Por fin me quitaron la escayola y pude volver a la normalidad. Una normalidad presidida como siempre por la estresante rutina del trabajo y la incertidumbre que me generaba la relación con Dan que, dicho sea de paso, no había mejorado, al contrario; desde la última vez que nos habíamos visto, Dan no había dado demasiadas señales de vida.

No obstante, no quiero dar la impresión de que mi vida gira sólo en torno a mis problemas sentimentales o, como afirma Leticia, sexuales a secas. El sexo juega un papel importante en mi vida, y mentiría si dijera lo contrario, como todo el mundo. De hecho, esto quedó clarísimo en la cena en casa de Sonia. Sobre todo porque el tema de la orgía trajo cola y no hace muchos días Ángela todavía hablaba de ello. Personalmente, no entiendo por qué estamos tan obsesionados por estas cuestiones. El sexo es algo muy personal y las mujeres solemos relacionarlo directamente con nuestros sentimientos. Conozco a muy pocas que lo aborden como algo puramente físico o coyuntural. En este sentido somos muy diferentes a los tíos, ellos siempre parecen estar dispuestos a pillar lo que pueden.

★

El jueves por la noche salí a cenar con Leticia y Ángela. Los urbanitas nos caracterizamos por la inexplicable necesidad de

estar rodeados de gente y, cuanto más, mejor. Yo, después de treinta días viviendo prácticamente como un ermitaño, me lancé de cabeza a la vorágine nocturna.

Leticia, verdadera experta en descubrir restaurantes nuevos, había reservado mesa en un novísimo y coquetón local muy cerca del mercado de Santa Caterina, junto al Borne.

A las diez en punto, un taxi me dejó en Vía Layetana, junto a la Catedral. Pagué y me aventuré en la zona oscura o, dicho de otro modo, en esa avenida llena de socavones y vallas de obra que rodea el mercado todavía en construcción. Estaba prácticamente sola y no me gustaba la pinta de los pocos transeúntes que, como yo, se atrevían a circular por una zona tan poco iluminada. Aceleré el paso y, en menos de cinco minutos, llegué a la calle Carders. Una vez allí, saqué la nota donde Leti me había dibujado un plano con la dirección del restaurante y, tras orientarme, noté una extraña sensación de mareo. Supuse que era de tanto mirar de un lado a otro. En cambio, segundos después, comprendí que se trataba de un auténtico *shock* cultural. En menos de cien metros había visto dos peluquerías africanas, tres locutorios ecuatorianos, una carnicería marroquí, dos tiendas de artesanía africana, tres bares dominicanos, un súper latinoamericano y una tienda de discos y DVD's pakistaní. Sin contar con el grupito de argelinos que me valoraron el bolso con una avidez que me puso la piel de gallina, o los chavalitos disfrazados de *Latin Kings* que se conformaron con mirarme el culo y silbar.

Por suerte, no tardé en ver el restaurante, justo al final de un paseo lleno de árboles y algunas terracitas de bar abarrotadas de gente. Mucho más tranquila, tomé aire y recompuse mi imagen. Alcé el mentón, saqué pecho y eché a andar con un ligero movimiento de caderas, ni muy discreto ni muy exagerado, lo justo para no pasar desapercibida. Una, aunque sólo sea por amor propio, tiene que cuidar estos sutiles detalles si no quiere que sus

amigas la miren por encima del hombro. Y en estas miradas, Leticia es una auténtica especialista.

La noche era espléndida y la brisa del mar refrescaba el ambiente. No sabría expresarlo mejor, pero esta zona de la ciudad me recuerda el Trastevere, por sus pequeños restaurantes, bares, terrazas y, sobre todo, por el ambientazo que se respira en las calles y el inconfundible *look* medio *hippy* medio *fashion* que tanto abunda entre los treintañeros más cool. A medida que me aproximaba al restaurante, comprobé que el público era mayoritariamente extranjero: argentinos, ingleses, brasileños y algún que otro italiano. Todo el mundo estaba moreno menos yo, y de repente esto me hizo sentir fatal. Quizás debería de haber pasado por los rayos UVA a la hora de comer.

Pero una no es perfecta y, aunque penséis lo contrario, no soy esclava de la belleza ni me obsesiono por estas tonterías, que únicamente logran tenerte perpetuamente amargada y arruinada, tal y como le sucede a Leti cada fin de mes.

En este sentido, Ángela y yo somos más parecidas. Quizás Ángela me supera, pues no derrocha en ropa y, al contrario que yo, no es una adicta a la música y los DVD's. Y hablando de música, debo acordarme que el próximo lunes sale el nuevo CD de los *Coldplay* y que debería llamar a CD Drom para que me reservaran uno...  
—¡Yuhuuu!

Leticia, sin cortarse un pelo, levantó el brazo y me hizo señales saltando por entre el gentío que se amontonaba frente al restaurante. Estaba guapísima, súper elegante como de costumbre. Esa noche se había puesto un holgado pantalón de hilo blanco y la mini camiseta de ganchillo que transparentaba el sujetador brasileño de colores imposibles que se compró las pasadas navidades en Rio de Janeiro.

—No me lo puedo creer —le comenté mientras nos besamos—. Has llegado puntual.

—Pues ha sido de puro milagro. Llevo toda la tarde buscando estas sandalias y no las encontraba por ninguna parte. Suerte que a última hora recordé que las había guardado junto con las del verano pasado.

—¿Y Ángela? ¿No venía contigo?

—Me ha llamado diciendo que vendría directamente, por lo visto ha tenido problemas de última hora en el curro.

—¿Sabe la dirección?

—Le he mandado un SMS. No creo que se pierda. Ángela odia los barrios añejos y muy especialmente el Borne. No soporta la mezcla de calles sórdidas y locales *fashion*; tampoco los peinados con rastas ni la estética multirracial que predomina en estos locales, desde los camareros hasta el variopinto público que los llena. En este sentido, Ángela es más clásica y prefiere el *look* progre y más intelectual de barrios como Gracia y Sarrià. Si no fuera así, ¿de qué otro modo podría aguantar a un tipejo como Andrés?

—Mejor que entremos y la esperamos dentro —me sugiere Leti—. La reserva es para las diez y casi pasan diez minutos. Pero la puntualidad no es ninguna garantía en un local tan de moda, y a pesar de la reserva, tuvimos que esperar más de media hora para conseguir una mesa. El restaurante tenía dos pisos, era pequeño, de techos bajos, y el pasillo de la barra resultaba demasiado estrecho para un grupo de mujeres parlanchinas y bebedoras. Por eso decidimos esperar fuera, sentadas en un banco de piedra de la plaza, frente al restaurante; desde allí, el parqué del local, las paredes de piedra y una docena de lámparas enfocadas hacia las vigas de madera, daban un aire realmente acogedor al lugar. Justamente el efecto contrario se producía detrás nuestro, donde los gritos provenientes del interior de un *pub* inglés abarrotado, daban a entender que se estaba jugando la liga inglesa, o la liga de campeones, vete a saber.

–La pasta está buenísima –nos sugirió Leticia mientras mirábamos la carta.

–Yo casi no tengo apetito –puntualizó Ángela–. Me parece que sólo pediré la verduras confitadas con butifarra negra.

–¿Y no compartirías los linguini con brotes de soja y pistacho?

–le pregunté.

–No, gracias, después de la bronca de mi jefe todavía tengo un nudo en la boca del estómago.

–Deberías tomar Flores de Bach –le sugirió Leti–. Yo, desde que las tomo, voy menos estresada.

–Claro que estás menos estresada –le repliqué–. Últimamente no das ni golpe.

–Oye, oye –se quejó de inmediato–. Que en la editorial tenga un horario flexible no significa que curre menos. Además, ahora tengo mucha más responsabilidad que antes.

–Pobrecita –bromeó Ángela–. Todo el día ocupada en comidas de trabajo o leyendo. Ya me gustaría a mí tener un curro como el tuyo.

–Pues haber estudiado filología, reina.

Después de reincorporarme a la agencia, lo que menos me apetecía era hablar de asuntos laborales. Por eso les rogué que cambiáramos de tema.

–¿Y qué te pasa con el trabajo que estás tan susceptible? –me inquirió Ángela.

–Nada de especial. Supongo que después de la baja, estoy desentrenada y todo me pone de mala leche.

–¿Todo? –repitió Leti con cinismo.

–No quiero hablar de ello, ¿vale? –me quejé, dando por terminado el interrogatorio.

Mis dos mejores amigas cruzaron una mirada de complicidad y Ángela añadió:

–A ti lo que te pasa es que vas falta de cariño.

–Vamos –insistió Leti–, que te conviene echar un buen polvo. Últimamente estás muy tensa.

–Quizás tengas razón. ¿Tienes alguna sugerencia? El brillo de sus ojos la delataba absolutamente.

–No, pero detrás de ti hay un guaperas que no te quita el ojo de encima. Desde que hemos llegado no ha dejado de mirarte. Naturalmente, me giré de inmediato. Para estas cosas no me ando con demasiados rodeos ni soy especialmente tímida.

–¡Joder! –exclamé forzando la sonrisa más falsa e hipócrita de mi vida. El guaperas que me miraba era ni más ni menos que Ricardo, el *product manager* de Kosquitos.

Ricardo, que estaba muy bien acompañado por una rubia con pinta de modelo, se levantó de inmediato y se acercó a saludarme. «¡Joder, joder!» pensé, mientras también me levantaba.

–Qué sorpresa más agradable –me soltó mientras me besuqueaba.

–Ángela, Leticia –les presenté–, Ricardo, un cliente de la agencia.

–Encantado –saludó con su mejor sonrisa–. Veo que te han quitado el yeso. ¿Cómo estás?

–Bien, reincorporada del todo pero sin demasiadas ganas de currar. Si pudiera hoy mismo me iría a Formentera, mi cuerpo me está pidiendo a gritos unas vacaciones de verdad.

–No me extraña, aguantar a tipejos como yo debe ser muy agobiante.

Lo dijo sinceramente, sin sarcasmos de ningún tipo. El resultado fue instantáneo. ¡Clic! Mi cerebro procesó aquel comentario y empecé a mirarlo de otro modo.

–No, si... –balbuceé como una idiota.

–Repito, ha sido una grata sorpresa encontrarte.

Luego se despidió de mis amigas y volvió a su mesa, con la rubia.

–Es una monada –exclamó Leti sin dejar de mirarle–. Tan educado, tan dulce...

Y después de suspirar, añadió:

—Además, se nota que está colado por ti.

—No digas tonterías —le contesté con mala leche—. Es un criajo presuntuoso. Sólo tienes que ver con qué tipo de tías sale... En realidad, sin el traje y la corbata, Ricardo ganaba muchísimo y Leti no exageraba lo más mínimo, esta noche el chavalito tenía un aire sensible y soñador que tumbaba de espaldas. —Creo que te pasas un montón —agregó Ángela—. Es un encanto de tío. Míralo, fíjate cómo sonrío...

Pero no iba a darles el gustazo de mirar cómo Ricardo sonreía a una rubia con tetas de silicona y nariz operada. Faltaría más. Todavía tengo una pizca de orgullo y debo administrarlo cuidadosamente.

Durante las dos horas siguientes, la charla fue subiendo de tono y Leticia, que como es habitual bebió más de la cuenta, empezó a soltar chorradas y las tres terminamos riendo como locas. —...de verdad, es un autor rarísimo... Según su agente, todavía vive con su madre y con su tía, que tienen más de ochenta años. —Será homosexual —opinó Ángela.

—Qué va. Te aseguro que un homosexual no escribe estas novelas. Aunque sean policíacas, rayan la pornografía. Muñoz sólo escribe sobre delitos sexuales; violaciones, trata de menores, rollo sado... Nos vamos a hinchar a vender.

—¿Y no os da vergüenza publicar esta basura? —le pregunté con inocencia.

—Como dice mi jefe, esta basura nos permite publicar las obras completas de Rimbaud o de Verlaine, aunque con ellas perdamos dinero.

—Pero eso es pura hipocresía —objetó Ángela.

—Lo que tú digas, pero el negocio es así. Además, personalmente, estas novelas me dan mucho morbo... Vamos, que el rollo sado hay momentos que me pone.

Por un momento me imaginé a Leticia vestida como una dómina,

con arneses de cuero y el látigo en la mano, obligando a Carlos a andar a cuatro patas, y no negaré que la escena me resultó tremendamente coherente.

—No me extraña, esta basura es un reflejo de nuestros instintos más oscuros. En realidad somos unos reprimidos y con estas lecturas compensamos nuestra cobardía.

—Perdona, bonita —me interrumpió Ángela—. A mí estas guarradas no me compensan nada. Es más, directamente me dan asco.

—¿No me digas que tú nunca has tenido fantasías de este tipo?

—le preguntó Leticia, asombrada.

—¿De qué tipo?

—No sé, tía, por ejemplo que violas a un desconocido o que uno te viola a ti...

—Pues no, francamente. Y si las tuviera, te aseguro que ya estaría en manos de un buen psiquiatra.

—¿Ni que Andrés es tu esclavo sexual? ¿Nunca has pensado eso?

—Pues no, pero ahora que lo dices... —bromeó Ángela, de repente más lanzada—. ¿Os lo imagináis lamiéndome la punta de la bota? Nos fuimos del restaurante antes de que nos echaran y Ricardo se despidió de nosotras con un leve movimiento de cabeza, probablemente no exento de cierta vergüenza ajena, dado el volumen de nuestra voz y de nuestras risas. El numerazo que habíamos montado no pudo pasarle desapercibido y yo, por razones que todavía no comprendo, me sentía incómoda y muy avergonzada.